

La justificación es sobre el atrevimiento con el que, sin méritos que me avalen, me permito disertar sobre un escritor tan fino y un aficionado tan eminente. Baso el alegato en mi defensa, en la amistad sincera con que me honró, en el hecho de que fue Asociado de Honor de la Asociación Juvenil Taurina y se le impuso la insignia de oro de la misma durante el tiempo en que la presidí, que fue colaborador de nuestra revista y conferenciante, y sobre todo, en que tuve el gusto de compartir muchas horas con él en escapadas serranas y colmenareñas, con gratísimos momentos de conversación y aprendizaje. Por todo ello le considero mi maestro, y por eso mismo debo mostrarle mi gratitud. Espero que este crédito baste para asumir la fianza de la osadía.

Pero retomemos el hilo. Tal vez, repito, les extrañe el título, al referirme a nuestro protagonista como ganadero, cuando el común le conoce como escritor. En parte está justificado por jugar retóricamente con la paradoja, pero por otra parte es cierto, como creo que quedará plenamente demostrado. Además, es inusual referirse a un escritor como yo lo hago, y lo haré, anteponiéndole el Don. Comencemos por aquí. Este tratamiento es inseparable de su nombre, al menos para el que esto escribe y para los que conmigo le conocieron, y no ha nacido aún un hombre que lo merezca más, tanto en el sentido etimológico de *dominus*, como en el que impone el mérito que se supone asociado a un tratamiento.

Y ahora a lo primero, al ganadero. Nacido en el seno de una de las familias de criadores colmenareños de mayor y más rancio prestigio, conoció en su infancia los últimos ejemplares puros de la casta de Martínez, y vivió de lleno la transformación que operó en esta vacada el cruce ibarreño hasta la absorción total, decidida por su padre D. Julián y su tío D. Luis Gutiérrez, que supo retratar magistralmente en *Diano*. Aprendió a amar el campo y los toros, pasiones que mantendría toda su vida, y tras el desastre que supuso la Guerra Civil, le cupo la dolorosa misión de liquidar lo poco que restaba de la misma. Motivos: durante el conflicto la ganadería quedó incautada por la UGT, que la masacró para carne, de modo que al final del mismo sólo se conservaban poco más de treinta vacas, con alguna rastra, amontadas, sin control en los cruces con cualquier tipo de ganado, marcadas con las siglas del sindicato sobre una estrella de cinco puntas. De modo que consideró, con razón, que la casta primigenia era irrecuperable, y que no podría mantener el tradicional prestigio de la divisa. Tampoco era cuestión de comenzar con otra de sangre extraña, así

que había que considerar la ganadería de Martínez como una víctima más de la guerra y afrontar el amargo trago de su pérdida. Y comentaba, no sé si indulgente o irónico, nuestro protagonista que no le cupo la peor suerte a su casa, que a Aleas la CNT no le dejó ni un animal, que usaban para hacer puntería y llevarse únicamente el solomillo, dejando perder el resto.

Mientras los milicianos destruían su hacienda D. Julián moría en Madrid refugiado en una embajada, creo que de Noruega, y don Luis estaba por motivos de trabajo en zona nacional, sin noticias de la familia. Cuando a la vuelta tuvo conocimiento de los servicios que había prestado el mayoral de la casa, procurando escondite y manutención a miembros de su familia y su entorno — en un gesto de candidez había llegado incluso a ocultar la foto de la famosa corrida de San Sebastián de 1918, en la que “Ventero” dejó en lo más alto la legendaria divisa morada, porque habían marcado con una cruz los seis caballos que se llevó por delante, y las cruces eran peligrosas—, le demostró su gratitud eterna manteniéndole como mayoral después de la venta de los restos de la vacada “si no te importa ser un mayoral sin ganadería”, dijo; empleo en el que mantuvo al hijo del mismo hasta la muerte del frustrado ganadero. ¿Es o no un gesto romántico?

No pretendo trazar una biografía al uso en un sentido puramente cronológico, ni una novela histórica tan de moda, aunque todos sus componentes podrían construirla perfectamente, pero creo que merecen un análisis más detallado procediendo con método por cada faceta de su personalidad, como se estudian las gemas. Y ahora, para llevarme la contraria —esto sería muy de don Luis—, comienzo señalando que nuestro autor nació en Colmenar Viejo el día 3 de septiembre de 1901.

Y ya puestos, sigamos con la contradicción. Poco se habla de la infancia de los grandes hombres cuando se escriben profundas biografías. Podríamos titular este párrafo, al estilo de la época de apogeo de su vida, de modo d’orsiano o de Giménez Caballero: infancia y juventud o el nacimiento del aficionado. Tal vez: la formación del conocimiento.

Se crió y residió con su familia habitualmente en Madrid, acudiendo a su localidad natal en periodos vacacionales u ocasiones especiales. Como lo lleva-

ba en la sangre, y no podía ser de otra manera, mostró desde sus primeros años su afición, lo que quedó patente cuando le pidió a su padre un abono para la plaza, todavía no conocida por “vieja”, como premio por aprobar el ingreso en bachillerato. El padre tuvo que ceder, ante la presión de que sus amigos, de la familia Bollaín, ya lo tenían y adquirió uno en la compañía de aquellos, abono que conservó toda su vida en la misma localidad, la grada octava. De modo que allí comenzó su aprendizaje, guiado por los consejos de Bollaín padre, y posteriormente por las discusiones con los hijos, sus amigos, tan fervientes belmontistas como gallista acérrimo era nuestro protagonista. Y buenos eran los tiempos y las rivalidades como para andarse con chiquitas. Esa primera juventud representa la edad de oro de la fiesta, sólo había que abrir los ojos y retener con inteligencia. Vivió directamente un duelo colosal y conoció un toreo de variedad, de amplio repertorio, de lidias lógicas, de acoplar los recursos a las características del enemigo —entonces sí, enemigo, que no tenía por qué “colaborar”, ni generalmente se había enterado de que debía hacerlo—, de toros difíciles y ásperos, que hoy calificarían los “sabios” de ilidiables, y también de reses, poquitas, propicias al lucimiento si no se las estropeaba, y que había que estar “espabilado” para descubrir si uno no quería quedarse “a dos velas”. Y aprendió y moldeó su afición, que permaneció imperturbable. Todo igualito que hoy, no se ha notado el cambio ni en el espectáculo ni el público —no se puede hablar de aficionados—, ¿no les parece?

Fue también en esos primeros años cuando nació su afiliación taurina al bando de José. Justificada por varios motivos: el primero porque tenía absolutamente razón; el segundo por la confianza y el trato que mantuvo con el diestro, que frecuentaba su casa para tentar o ponerse a punto tras percances, ya que era una de sus ganaderías predilectas; el tercero por todo lo que en aquellas ocasiones el maestro le enseñó y él aprendió con la avidez del novicio. Todo un privilegio, que, fijado y estructurado en su conocimiento, supo transmitir en sus textos y más directamente aún a los que le escuchamos como a un profesor docto y amable.

Profesionalmente, llevado por su gusto por el campo, y rompiendo tradiciones familiares que lo vincularían con el derecho, se decantó por la agricultura. Se licenció ingeniero agrónomo en 1927, cursando la carrera en Madrid, cuando era una profesión tan poco demandada que sólo existía esta Escuela en España. Tan poco solicitada era, que sus primeros trabajos los desarrolló en el cam-